

Xavier Andreu Miralles, *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*, Madrid, Taurus, 2016, 396 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.8.2017.XL-XLV>

El libro de Xavier Andreu es el resultado de la reelaboración de su Tesis Doctoral, leída en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia en 2015, lo cual es ya una garantía de la calidad y el rigor con que su trabajo ha sido desarrollado, habida cuenta el excelente elenco de historiadores con que cuenta dicho Departamento. La citada Tesis Doctoral se presentaba con un título ligeramente diferente al del libro, *Mito romántico e identidad nacional en la España liberal (1830-1850)*, que no cambia en lo sustancial, pero al que sí se da una vuelta de tuerca, con ese descubrimiento de España con el que se presenta: invención de España, pero sin olvidar lo que el término descubrimiento tiene de “hallazgo o encuentro de alguna tierra o país ignorado o no conocido hasta allí” (D.Auts.), y que en la historiografía española trae a la memoria de modo inmediato el descubrimiento por antonomasia, el de América, en un país de descubridores como el nuestro.

La segunda parte del título, *Mito romántico e identidad nacional*, precisa el alcance de ese hallazgo de España en el periodo romántico, en el momento en que se está construyendo la nación y perfilándose el carácter nacional. El mito como discurso creador de un determinado orden cultural, de una realidad que resulta esencial en la identidad de un grupo humano (Almudena Hernando, *Arqueología de la identidad*, 2002, 91-92), ejemplificado en este caso en los mitos de la nación y del carácter nacional, que se apoyan a su vez en otros mitos ligados en gran medida a la historia y canalizados a través de la literatura, la pintura, la música y los bailes o el espectáculo taurino; mitos que implican una recreación del pasado, de la tradición, con un alcance comunitario y un matiz afectivo (Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, 1999).

*El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional* es un libro sustentado en diversas y profundas lecturas de textos literarios, principalmente, pero no sólo, españoles: el prólogo al *Romancero* de Durán, el de Alcalá Galiano a *El moro expósito*, los artículos de Larra, Mesonero y Estébanez, el teatro de Rodríguez Rubí y el de Martínez de la Rosa, la poesía de Zorrilla, las novelas de Ayguals de Izco y de Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber), etc. Es una buena selección de la escritura literaria del periodo, en nombres esenciales y en otros que no lo son tanto; pero la historia

literaria no se compone solo de los grandes nombres, y además, algunos escritores que hoy consideramos desfasados en su momento tuvieron un enorme éxito: Zorrilla, Ayguals o Fernán Caballero entre ellos.

Además de este repertorio de lecturas, el trabajo de Andreu revela un buen conocimiento de los mecanismos de la historiografía literaria, y un fluido manejo de la bibliografía histórica y literaria pertinente. Esta última es correcta aunque se queda corta en estudios sobre algunos escritores (el caso de Larra) y géneros y modalidades de escritura (Ermanno Caldera, *Il drama romantico in Spagna*, 1974; Russell P. Sebold, *La novela romántica en España*, 2002; Ramón Espejo-Saavedra, *Autenticidad y artificio en el costumbrismo español*, 2015). Para este periodo, en el ámbito literario, podrían haberle sido de ayuda al autor los varios trabajos realizados por el Grupo de Estudios del siglo XVIII, dirigido por Alberto Romero Ferrer, que ha editado diversos volúmenes colectivos (*Redes y espacios de opinión pública*, 2006; *La guerra de pluma*, 2008; *Dos siglos llaman a la puerta*, 2013). Así como la colección de *Encuentros de la Ilustración al Romanticismo*, organizados por el Vicerrectorado de Extensión Universitaria de la Universidad de Cádiz, que suman 17 actas entre 1985 y 2017; o los Congresos del Centro Internacional de Estudios sobre el Romanticismo Hispánico que ha editado 11 actas de los 12 congresos celebrados hasta 2014.

En su estudio Andreu combina varias teorías y metodologías de las que saca buen provecho (Historia cultural, Imagología, Teoría Poscolonial, Etnosimbolismo). Desde el ámbito de la historia cultural, y a partir de trabajos como el de Isabel Burdiel y Justo Serna, *Literatura e historia cultural o Por qué los historiadores deberíamos leer novelas* (1996), el investigador hace de la literatura la piedra angular de su interpretación de los mitos a través de los que se ha tratado de definir la identidad nacional española; no utiliza para tal fin sólo las novelas, sino también el teatro, la poesía, los artículos costumbristas y otros géneros, leyendo con gran acierto en “dichos textos literarios a la luz de la historia política, de la que no fueron un simple reflejo, sino parte constitutiva” (p. 15); define el concepto de nación sobre el que va a construir su argumentación y afirma que “las fuentes literarias resultan especialmente valiosas para el estudio de las naciones” (p. 16), en particular los géneros narrativos, dada la íntima relación existente entre nación y narración.

Dos son los sintagmas clave sobre los que Andreu construye su argumentación: imaginar la nación y narrar la nación, ambos de muy reciente fijación y de gran fortuna en el ámbito histórico. El primero procedente del ensayo de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas* (1983), según el

cual la nación es una comunidad política imaginada (creada), a la que vincula, no con ideologías políticas, sino con los grandes sistemas culturales. El segundo forjado por Homi K. Bhabha en *Nation and Narration* (1990), que identifica nación con narración. La novela, en opinión de Anne-Marie Thiesse (*La création des identités nationales*, 1999), sirve de modelo narrativo para las primeras elaboraciones eruditas de las historias nacionales y de vector de difusión de una visión nueva del pasado. Francisco Colom (“Narrar la nación”, 2006) llega a afirmar que no hay identidad sin narración, que las identidades nacionales son estados mentales propiciados por historias, mentalidades narrativamente configuradas. Y Stefan Berger introduce el libro colectivo *Narrating the Nation: Historiography and Other Genres. Representations in History, Media and the Arts* (2008) con estas palabras: “Nation is narration. The stories we tell each other about our national belonging and being constitute the nation”; considera Berger que los historiadores desempeñan solo un papel limitado en el proceso de continua reinterpretación del pasado nacional; otros medios y géneros desempeñan un papel mucho más importante en este proceso: la literatura, el cine, los monumentos públicos, las Bellas Artes, la música, y otras muchas expresiones culturales, como la prensa, la radio, el teatro, la geografía o la antropología. Andreu toma como punto de partida el trabajo de José Álvarez Junco *Mater dolorosa* para analizar “cómo fue imaginada y narrada la nación en el siglo XIX por sus intelectuales” (p. 18), a partir del cambio que supone la guerra de 1808 en cuanto a la manera en que España es percibida, y centrándose en las décadas centrales del citado siglo que es cuando se consolida la imagen romántica de España.

La narración de Andreu sobre la nación española se apoya en la creencia de que la construcción nacional no fue un proceso autónomo, sino de carácter relacional y dialógico, una empresa internacional por la cual la nación se imaginaba siempre en relación con otras naciones, por lo que la creación y difusión de las imágenes y estereotipos nacionales debe abordarse desde una perspectiva transnacional. Asimismo, el significado de la nación se construyó sobre el diálogo entre los diversos proyectos nacionales formulados desde España, de lo que resultaron diversas y heterogéneas narrativas nacionales. En este contexto, el mito romántico participó en el proceso de construcción de la nación española a mediados del XIX; un mito en buena medida fijado desde miradas foráneas, que percibía la nación con rasgos pintorescos y primitivos incompatibles con la modernidad, con el que los intelectuales españoles hubieron de negociar con el mismo, incorporándolo al imaginario

nacional mediante diversas estrategias: adaptación, reforma o apropiación, para acabar afirmando la superioridad moral de la nación española.

Con estos mimbres, Andreu teje un libro que se estructura en tres capítulos dedicados a la imagen de España en el imaginario romántico como un país al margen de la modernidad (“En el Sur de la Modernidad”), el discernimiento de los aspectos positivos y negativos del orientalismo que esa imagen de España comporta (“Luces y sombras de un pasado oriental”), y el análisis de individuos y costumbres (mitos) definitorios de la identidad nacional (“El pueblo español y el desafío de la modernidad”).

Los escritores españoles reivindicaron su derecho a delimitar los rasgos nacionales frente a las imágenes extranjeras que encontraban desajustadas y erróneas.

Rebatieron la noción de atraso, de marginalidad, apropiándose y nacionalizando corrientes estéticas modernas, sobre todo si engarzaban con las tradiciones literarias propias. Por otra parte, reclamaron la publicación de escritos nacionales (Historia de España, Historia de la Literatura), en cuya elaboración tuvieron que hacer frente a la cuestión de la herencia oriental, que planteaba dudas sobre la modernidad de España. La herencia oriental estaba especialmente representada en Andalucía y acabaría cristalizando en el mito de Carmen, que sintetizaba los tópicos y estereotipos sobre España, el Sur europeo y la raza gitana proyectados por el mito romántico, consolidándolos y dotándolos de proyección universal.

Pero lo oriental, además de considerarse un elemento constitutivo de la identidad española, funcionaba también como lo otro político y moral (despotismo) en coyunturas como la guerra de Marruecos, y en géneros como la novela y el drama histórico y el romance. A este otro se le opuso el cristianismo, semilla de unidad y libertad, garante del orden social y político. El cristianismo fue pieza fundamental en la interpretación del pasado nacional, que permitió demostrar la superioridad moral de España sobre el resto del continente; esta superioridad moral, sin embargo, no se correspondía con el progreso material. Una forma de conciliar ambos extremos fue el mito de la conversión cristiana, que permitía reivindicar como propio, españolizándolo, lo mejor que había dado de sí la civilización árabe en la Península Ibérica; de ello es un buen ejemplo la poesía de Zorrilla, cantor de la España cristiana y poeta oriental por excelencia del romanticismo español.

Los mitos definitorios de la identidad española forjados por los extranjeros supusieron un obstáculo para reconocer su modernidad; ello llevó a adoptar soluciones conciliadoras, si bien muy diversas, como las de Mesonero Romanos y Larra (que identificaban el carácter nacional en las

clases medias urbanas) o Ayguals de Izco y Fernán Caballero (que lo identificaban en el pueblo). Tales estereotipos fueron revisados y adaptados por los escritores españoles desde una perspectiva liberal: los modelos de hombre (réplica a su exceso de masculinidad, pero defensa de su carácter nacional) y mujer (nuevos modelos feminidad: la bailarina española, la española católica con autoridad moral), espectáculos como los toros (el toreo convertido en arte, utilizado políticamente y reconocido como fiesta nacional), y expresiones artísticas como la música (el drama lírico nacional; lo andaluz y lo nacional-popular; lo gitano y el flamenco) y fundamentalmente la literatura.

Esta última desempeñó un papel primordial en la naturalización de las diversas narrativas sobre España desde comienzos del siglo XIX, junto con la historia y las artes plásticas, en particular la novela de autores como Wenceslao Ayguals de Izco y Fernán Caballero. Ayguals cultivó una novela social que se proponía dar la réplica al estereotipo romántico, buscando el verdadero carácter nacional en el pueblo definido a partir de criterios morales y no sociológicos: un pueblo honrado y virtuoso, franco y leal, humilde y laborioso, y que cumplía todas las exigencias del mundo moderno. Por su parte, Fernán Caballero discutió también el mito romántico, proponiendo como modelo de pueblo el andaluz, respetuoso con las jerarquías sociales, católico, fiel guardián de sus costumbres y tradiciones, natural, sencillo y franco, valores que le conferían una superioridad moral sobre el resto de Europa.

En resumen, es este un libro más que recomendable tanto para historiadores como para filólogos, que permite acercarse al manido concepto de nación desde la creación literaria, en un estilo ameno, aportando una perspectiva dialógica para sondear en el tópico de la imagen de España desde un planteamiento abierto, heterogéneo y conciliador, alejado de las visiones simplistas. Por otra parte, el libro saca buen provecho de las fuentes literarias, auténtica masa madre que fructifica en visiones novedosas de autores como Fernán Caballero (“más que un vestigio del pasado, su proyecto debe entenderse como un fruto moderno nacido de un contexto posrevolucionario”, p. 327) y de géneros como el drama histórico; bien es verdad que el espacio que se dedica a un tan gran autor como Larra se queda muy corto.

*El descubrimiento de España* es un buen libro en el que sólo echo en falta una bibliografía final de referencia, de gran utilidad para los lectores interesados. Y añadido una sugerencia: tal vez se les podría haber sacado partido a la literatura paródica y a la prensa satírica, enormemente productivas en el

siglo XIX, a la hora de indagar en las réplicas a la imagen romántica de España.

ÁNGELES EZAMA GIL  
Universidad de Zaragoza  
[aezama@unizar.es](mailto:aezama@unizar.es)